

CAPITULO V

El 10 Thermidor (29 de Julio).—Asesinato de Robespierre. —Ejecución de Robespierre.—Estalla la sedición

Merda hiere á Robespierre.—Robespierre expuesto en las Tullerías.—Alegría en las cárceles.—Muerte de Robespierre y Saint-Just.—La sedición.

Eran las dos y media.

El consejo general se sentó ante las tribunas desiertas. El mismo había sido el autor de esta soledad. Payan y Saint Just, en la Comuna, habían tomado una medida desesperada, el llamamiento á las armas para libertar á la *Convención oprimida*. Así se reunió una masa crédula, hacer un embrollo, y un pequeño grupo de robespierristas pretendió invadir á la Asamblea. En defecto de Robespierre que no quiso firmar órdenes de esta naturaleza firmó Henriot.

Era muy tarde. Antes que la sagacidad empleada por ellos, se dió el golpe decisivo.

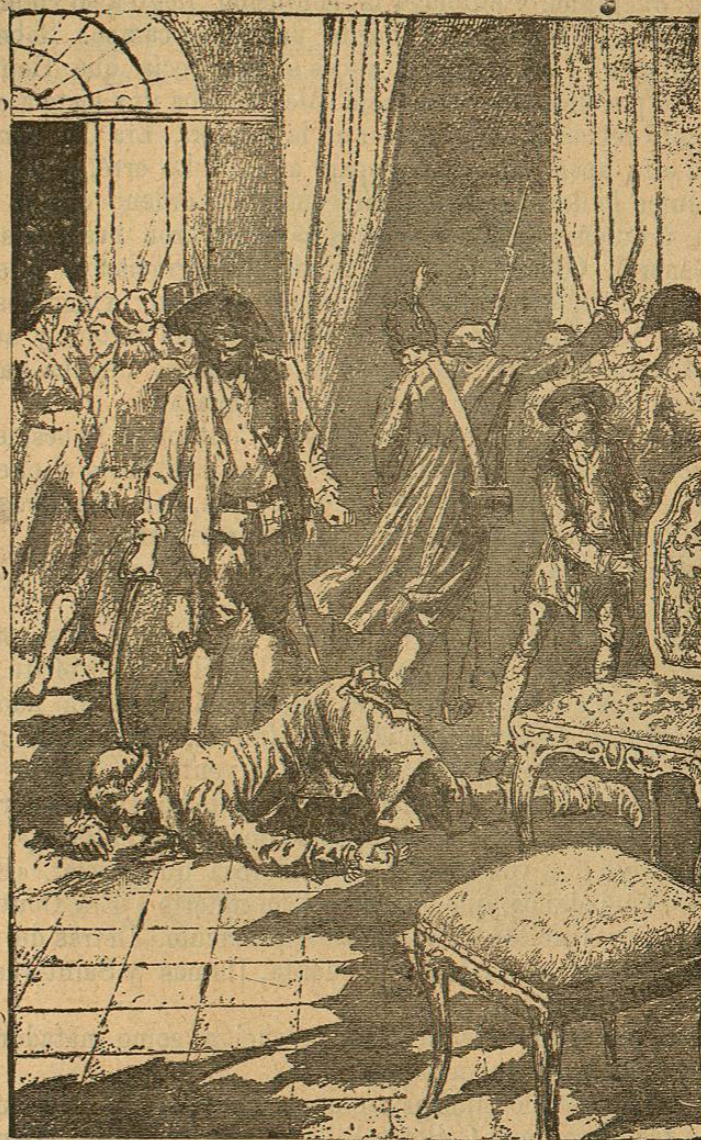
Aunque la muchedumbre se retirara de la Convención, en las escaleras, en los corredores quedaba aun un buen puñado de incondicionales de Robespierre.

La mayor parte no estaban armados. Demasiado entusiastas, creyéronse á salvo de toda opresión, escudados en su fanatismo, en su delirio por el ideal.

Merda, con tres ó cuatro gendarmes, subió la escalera. Otros individuos subían precipitadamente dando vivas á Robespierre. El joven, resuelto, sin más armas aparentemente que su sable (llevaba sus pistolas en la camisa) quiso abrirse paso. «¿Quién eres tú?—Soy un ordenanza secreto.» Con este salvoconducto avanzó. Pasó la sala del consejo, atravesó un corredor donde querían impedirle el paso y le golpeaban. Merda recibía golpes y pasaba.

Llegó hasta la puerta de la secretaría, donde había hasta unos cincuenta individuos, agitados, salvo uno, Robespierre, que se hallaba en

el fondo, sentado en un sillón, con el codo izquierdo sobre la rodilla y la cabeza apoyada sobre la mano.



Robespierre gemía á mis pies. (Pág. 542)

«Saltó sobre él, y apuntándole con la punta de mi sable al corazón, le dije:—Entrégate, traidor.—El me respondió serenamente:—El traidor eres tú y voy á mandar que te fusilen.»

Entonces retrocedió unos pasos y, sacando una de sus pistolas, le

apunté al pecho y disparé pero la bala le dió en la barba y le arrancó el maxilar izquierdo. Robespierre cayó en su sillón. En aquel instante se levantó un horrible murmullo. Yo grité: «¡Viva la República!» Mis granaderos oyéronme y entonces la confusión llegó á su colmo. Los conjurados dispersáronse y me quedé dueño del campo. Robespierre gemía á mis pies. Una de tantas veces oí que decía que Henriot se había salvado por una escalera secreta. Me quedaba una pistola cargada y me precipité detrás de él. Oí rumor en la escalera. Era Couthon que lo salvaba. El aire apagó mi luz y disparé al azar. Lo erré, pero herí la pierna de quien lo llevaba. Subo nuevamente y ordeno que se busque á Couthon, á quien cogido de los pies lo arrastraron hasta la sala del Consejo General. Ordené que se buscara al desgraciado á quien herí pero todo fué inútil. Robespierre y Couthon estaban extendidos al pie de la tribuna. Registré á Robespierre y le quité una cartera y un reloj, dándoselo á Leonardo Bourdon que en este momento llegaba para felicitarme por mi victoria y dar órdenes á la policía.»

Los granaderos, creyendo muertos á Couthon y Robespierre, se arrojaron sobre ellos y los arrastraron por los pies hasta el puente de Pelletier. Desde allí quisieron arrojarlos al agua, pero me opuse y los envié á la guardia con una compañía de los Gravilliers.

La revolución clásica, enemiga del socialismo, sucumbió aquí con Robespierre.

Muerto ó herido, Robespierre, acababa la idolatría de su persona, pero antes se promovía una especie de sublevación del espíritu, la rebeldía, el odio, los enconos y rencores que se manifestaban adoptando formas sangrientas. Lebas se suicidó. Conffinhal, fuera de sí, acusó á Henriot de todo lo ocurrido y lo arrojó por la ventana.

Al amanecer, furiosos, decían los que custodiaban los cuerpos de Robespierre y Couthon: «Arrojemos estos dos fardos al Sena.» Inmediatamente se oyó una voz triste y quejumbrosa que decía: «Esperad un momento, ciudadanos, que aún no me he muerto.» Era Couthon.

Aquel día presencióse un afrentoso espectáculo. Detrás del cuerpo de Lebas marchaban, al final de una cuerda, Dumas y Saint-Just, éste noblemente, éste friamente.

Leonardo presentó á Merda á la Convención como matador de los conspiradores, sin decir sus nombres.

El gendarme recibió muchas promesas aquel día. Pero cuando fué al comité lo recibieron mal Collot y Billaud. Carnot le dijo: «Te quieren mucho.»

Convínose en afirmar que era Robespierre quien se había herido. Barere debía decir: «Se trata de un suicidio, no de un asesinato.» Un cirujano habló en este sentido. Se habló de que Robespierre se mató porque vió que no podía llegar á Capeto. Robespierre fué expuesto á ultrajes de los furibundos en una sala de las Tullerías, acostado sobre una mesa. Durante una hora permaneció insensible como si hubiera

dejado de ser. Al cabo de este tiempo comenzó á abrir los ojos. Maná- bale abundante sangre de la herida. Ensangrentáronse sus vestiduras. Había perdido el sombrero, la corbata.

Los ciudadanos que le rodeaban expiaban sus movimientos. Robespierre en dos ó tres ocasiones fué maltratado por los ciudadanos.

A las seis de la mañana fué llamado un cirujano, quien por pre-



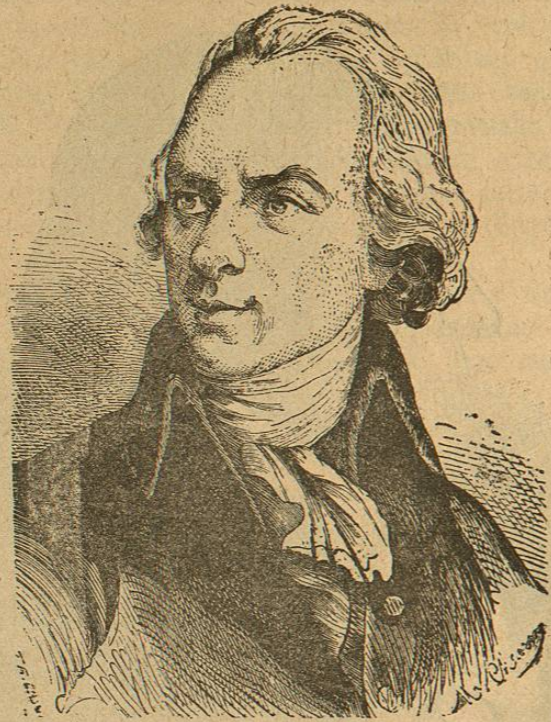
PRASLIN

caución metió una llave en su boca y le sacó dos ó tres dientes, observando que el maxilar inferior izquierdo estaba fracturado.

Cuando se le curó, cuidadosamente levantóse de la mesa después de haber mirado detenidamente á quienes le rodeaban y fué á sentarse á un sillón. Apenas se sentó pidió agua y un hebertista le dió un jarro. Robespierre, con dulce voz: «Muchas gracias, señor.»

¿Comprendió Robespierre en aquellos supremos instantes de su vida que ya era imposible pronunciar la palabra ciudadano? ¿Sabía que después de él la República quedaba sin vida? No se equivocó. Muerto él estalla una tremenda reacción. Mientras que los arrabales se entris-

tecían, las cárceles se alegraban. Allí gemían todos los acusados por Robespierre y los suyos. Cuando se supo la noticia de que Robespierre había sido herido de muerte estalló un espantoso grito de alegría en las cárceles; especialmente en la de Peyssis, que alimentaba directamente á los guillotinaados.



DUMONT

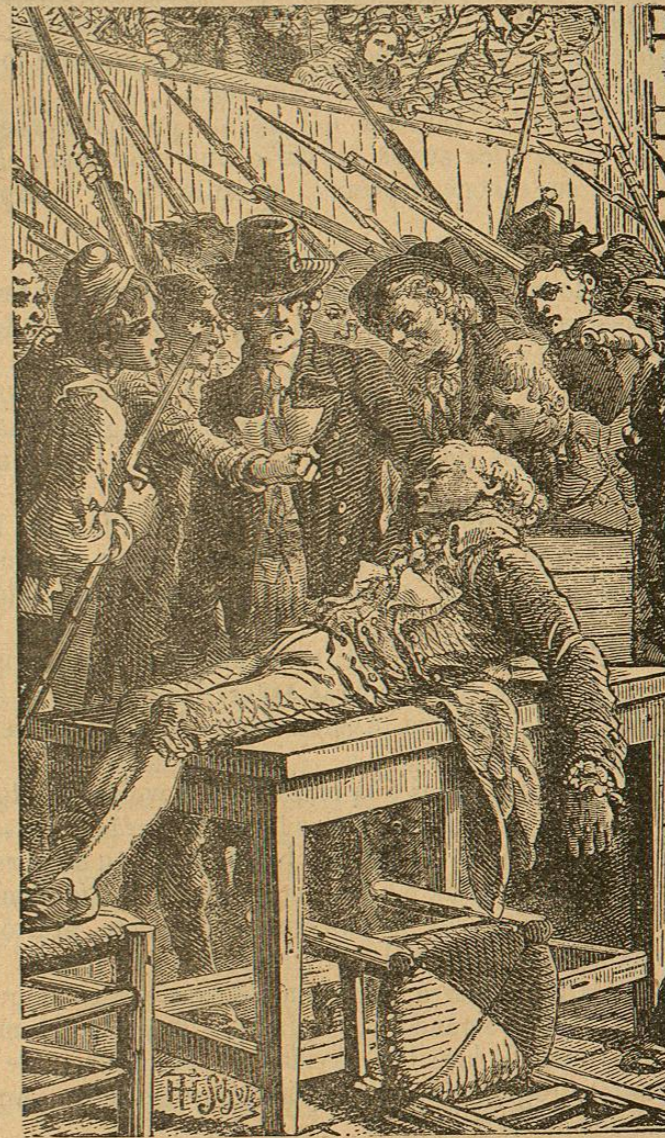
Los realistas recuperaron su libertad de acción. Insultaban á todo el mundo, se insolentaban. Parecían dueños de Francia en un momento. Nadie les estorbaba.

En la Conserjería aún no se sabía nada. Hoche se paseaba por un corredor tristemente. Un hombre de elevada estatura inclina la cabeza para pasar por el corredor... Hoche reconoce á Saint-Just... Esta aparición lo revelaba todo. El héroe volvió la espalda para evitarle á Saint-Just una mirada humillante.

Los comités pidieron que Robespierre fuera trasladado al Hotel-Dieu, donde había otros heridos. Así se le exhibió por las calles. Fué el paseo de la muerte. Robespierre, agonizante, en fúnebre procesión.

Thuriot grita con toda la fuerza de sus pulmones: «Es preciso que

mueran todos antes de una hora. ¡Que se levante el patíbulo! ¡Libremos á la tierra de este monstruo!»



Durante una hora permaneció insensible como si hubiera dejado de ser. (Pág. 542)

A las tres de la tarde Fouquier y sus jueces reconocieron la identidad de las personas y decretaron su muerte en la guillotina.

Aquellos seres, derramando sangre, iban á ser conducidos á la guillotina. La fúnebre marcha de las carretas por las calles de Saint-

Denis, Ferrounerie y Saint-Honoré fué un espectáculo odioso, horriblemente odioso.

Robespierre, envuelta la cabeza en un pedazo de lienzo manchado de negra sangre seca, llegaba al patíbulo oyendo los gritos de maldición de un pueblo. Mantúvose fuerte, mirando en torno suyo fijamente, conservando toda su inteligencia, estudiando seguramente lo que había de falso y de verdadero en aquellos denuestos.

Las familias de las víctimas del Terror precipitáronse hacia la carrera para vengar á los suyos, lanzando una maldición, el desahogo de su odio y de su encono reprimido durante tanto tiempo. ¡Pobre Robespierre!

Alquiláronse las ventanas á elevados precios.

Un mundo de nobles, los nobles que hasta entonces parecían vivir en otra sociedad, aparecían en los balcones, gozosos, agitados por la satisfacción íntima ante la desaparición del último repúblico.

Al pasar por la calle de Saint-Honoré, la de Robespierre, se oyó un grito unánime, estentóreo: «¡A la muerte! ¡A la guillotina!»

Los padres nobles decían á sus hijos: «Mira á Couthon. Ese es Robespierre.»

Cuando llegó el cortejo frente al domicilio de la familia Duplay se presenció un doloroso espectáculo. La indignación de la gente se desbordó en gritos horribles, en mueras ensordecedoras. Robespierre cerró los ojos.

Aquella misma noche un grupo de mujeres fué á la iglesia de Saint-Pelagie, donde se encontraba la señora Duplay. Eran las viudas de las víctimas de Robespierre. Abalanzáronse furiosas sobre la señora Duplay y la estrangularon.

Llegaron los sentenciados á la plaza de la Revolución. Robespierre con paso firme subió el patíbulo. Todos hicieron alarde de su serenidad, de su valor. Acordáronse de la patria y balbuceando su nombre cayeron sus cabezas. Saint-Just hacía mucho tiempo que se había familiarizado con la idea de la muerte. Era su constante compañera. Murió sencillamente, sin conmoverse, con toda la grandeza de su genio. Subió al patíbulo cuando á Robespierre, un infame, quizás el mismo que abofeteó á Carlota Corday, arancó la venda que sujetaba la mandíbula fracturada, mostrando la horrible cavidad de la herida... Se oyó un terrible, espantoso rugido. Oyóse después un golpe seco... Aquel gran hombre había dejado de existir.

Veintiún ajusticiados eran muy pocos para la insaciable voracidad de las masas. Al día siguiente aplaca su sed devorando toda la sangre de la Comuna. ¡Setenta cabezas! Después trece cabezas más, el tercer día. La mitad de estos últimos eran gentes extrañas por completo á Robespierre y que jamás habían figurado nominalmente en la Comuna.

Respiremos. Nada hemos de contar, es innecesario, acerca de la reacción, la negra reacción que acabó con la Asamblea.

Pocos días después de Thermidor, un niño, á la salida del teatro vió una larga fila de elegantes carruajes que, por primera vez, llamaban su atención. Aun no había visto semejante espectáculo. Algunos sujetos, con el sombrero en la mano, servilmente preguntaban: «¿Quiere carruaje *el señor?*»

El niño no comprendió aquellos nuevos conceptos. «¿Por qué hablan así?» interrogó á su padre. «Hijo mío: desde que murió Robespierre han cambiado mucho las cosas.»

CONCLUSIÓN

La conclusión de esta obra es por sí sola un nuevo libro.

Cerrarla aquí con algunas páginas sería obscurecerla. La conclusión se publicará aparte, en forma de libro que permitirá á través del pasado anticipar el conocimiento de lo por venir.

Al dar el último adiós á esta obra extensísima, que ha sido mi fiel compañera durante diez años, quiero decir al público lo que yo pienso firmemente.

Toda historia de la Revolución ha sido hasta ahora monárquica. Esta es la primera republicana, la que ha destruído los ídolos y los dioses. Desde la primera hasta la última página no ha tenido más que un héroe: el pueblo.

¿Su primer movimiento, su advenimiento, mejor dicho, señalados por actos de justicia general no le condujo á cometer injusticias? Es posible. ¿El autor, en su extremado, inmenso estudio de sus caracteres ha limitado la grandeza de los hombres, de los héroes que sostuvieron la Revolución desde 93 á 94, es decir, cuando se sintió desfallecida? Lo teme y este es su mayor remordimiento.

El autor volverá sobre este tema y en apreciaciones más amplias, más generales, dará á cada uno de estos grandes hombres cuanto les pertenece.

*...Egregias animas qui sanguine nobis
Hanc Patriam peperere suo.*

¡Grandes corazones! ¡Con vuestra sangre edificasteis la patria!

FIN